

llamaba entonces el con-  
que representaban en Ma-  
Borbón. Después los nue-  
Marina y de Estado. Era  
ociaba, en vida del rey su  
Corte se admiró, sobre todo  
por visitarla y que de la-  
ra la de trabajar con ellos  
mana, y que la reina asis-  
e aún mayor cuando en la  
al rey, interviniendo sin  
a todo, interrogando a los  
fiosa y vehemente.

estro al célebre Condillac.  
mado el compromiso de su  
ona de España, demostró  
todas las consideraciones  
mano Fernando. 'Yo te en-  
que, en fin de cuentas, yo  
ncipillo de Parma.' —'En  
arma va a tener el honor  
ecir esto, unió la acción a  
e era esta princesa, inter-  
preso por orden de su pa-

1765. El príncipe de Astu-  
el matrimonio. Un retrato  
era bonita. Los comienzos  
era de elevada estatu-  
ciente, pero sujeto a te-  
ta con la princesa, el cho-  
ncipe se quemó, haciendo  
o Carlos le tiró la taza al  
Indignado Carlos III, hizo  
monarca y obtuvo la li-  
este a su esposa, y pareció

osofismo de la época que  
adillac, y la índole natu-  
varon su conducta desde  
aventuras harto escándalo  
ada a las severidades del  
ancastre, Pignatelli, Ortiz,  
la princesa. La privanza  
Corps, dio ocasión a una  
célebre duquesa de Alba,  
endo recibido la corte de  
na María Antonieta, con-  
artísticamente trabajadas,  
is, la duquesa de Alba se  
o extraordinario, un cen-  
re sus domésticos y servi-

española, páginas 10 y 11.

dores. Cuando la princesa de Asturias recibía algún traje arreglado en París, la duquesa, que tenía espías especiales en la corte francesa, se hacía despachar otros idénticos; y el mismo día en que María Luisa salía en carroza con su traje flamante, las camareras de la duquesa lucían en los paseos públicos otros exactamente iguales. "Por dos veces el palacio de la duquesa de Alba ha sido incendiado por malhechores que la policía no ha querido o no ha podido descubrir. Otras tantas ocasiones la duquesa lo ha reedificado cada vez más soberbio y suntuoso; y esta construcción, ampliada y embellecida, no es el único desafío que se permite. Después del segundo incendio, el día en que inaugura sus salones, da una gran fiesta. A medianoche despide a sus invitados, diciéndoles: 'No quiero dejar a otros el gusto de venir a quemar mi casa: voy yo a hacerlo por mi propia mano: Una hora después, el palacio, con todos sus espléndidos muebles y adornos ostentosos, ardía por los cuatro costados.'" (1)

A Luis Godoy sucedió en la privanza de María Luisa, Manuel, herma-  
no suyo y oficial como él de la Guardia de Corps. El 9 de junio, Manuel,  
que no era más que cadete, fue a su vez nombrado supernumerario. El  
13 de octubre, el padre, José, oficial de inválidos, recibió el nombramiento  
de Ministro de capa y espada del Consejo de Hacienda, con despacho de  
asistencia y opción a la primera plaza vacante. La madre era ya dama de  
honor. La hermana, que había tenido una intriga muy adelantada con  
Thompson, oficial de la guarnición de Badajoz, fue designada camarista  
de la reina. José Godoy, otro de los hermanos del favorito, clérigo que  
sólo gozaba de un mezquino beneficio en la catedral de Badajoz, fue pro-  
movido a la canonjía que en ella ocupaba un tío suyo y éste pasó a otra  
de Toledo. El 18 de enero de 1791 Manuel fue nombrado ayudante general  
de los guardias de Corps y brigadier del ejército. En 1º de marzo fue as-  
cendido a mariscal de campo. El 4 del mismo mes obtuvo la llave de gen-  
tilhombre en ejercicio. El 2 de agosto fue sargento mayor y teniente ge-  
neral (2).

Posteriormente Godoy recibió el título honorífico de Príncipe de la Paz,  
y durante muchos años fue el árbitro de los destinos de España (3). El  
matrimonio de Godoy con Josefa Tudó, a quien él amó con vehemencia,  
y muy probablemente el hastio que le causara ya María Luisa, quien ade-

(1) Savine, obra citada, pág. 32.

(2) Idem. pág. 40.

(3) El Príncipe de la Paz es una de las figuras más discutidas de la historia política de España en el pasado siglo. Sin embargo, de que era hombre de no comunes capacidades, dan fe sus "Memorias", publicadas en 6 tomos en Gerona, en 1841; en ellas se encuentran consideraciones originales y acertadas sobre los acontecimientos en que le tocó intervenir, o de que fue testigo, escritas en noble estilo y en lenguaje correcto, y no exento de elegancia. En prueba de ello véase el siguiente boceto de Napoleón: "No es necesario detenerme en repetir o comentar tanto como se ha escrito, en bien y en mal, acerca de este hombre extraordinario que era el protagonista y el autor, a un mismo tiempo, de aquel drama escandaloso de Bayona. Aquel que tanto fue aplaudido por algunos cuando dijo: Yo me contemplo solidario de toda la política francesa, desde Clevis hasta el Comité de Salud Pública, se pintó mejor con esta sola frase, que podrían pintarlo los Suetonios y los Tácitos modernos. De cada siglo, ciertamente, tomó algo, sin perdonar las excursiones en la política italiana y en todas las políticas; pero su marcha principal y más perseverante fue tomada en los carriles de la república francesa. Napoleón no hizo otra cosa que llevar a efecto, con mano muy más firme, más eficaz y más derecha, en su provecho, la invasión universal que proclamó la Convención Francesa por sus decretos atrevidos de 17 de noviembre y 15 de diciembre de 1792, con la sola diferencia de haber cambiado las insignias y adoptado la diadema en lugar del gorro frigio; la política, la misma cuanto al fondo que la de aquellos tiempos en que decía Barrere perorando contra España: "No olvidéis, ciudadanos, vuestra bella misión, que es la de hacer revoluciones en todas las potencias, sin usar de los caminos que ha trillado la vieja diplomacia: a nosotros nos toca abrir otros conductos para entendernos con los pueblos y fundar un derecho de gentes todo nuevo." De esta manera aquello mismo que la democracia había querido y por ella fue apenas empezado, después vino a cumplirlo el que al salir de sus ijares le dio muerte y se hizo su he-